

2 minicuentos de Anayansi Ehlers S.

Atrapado en ella

Ésa tarde, Paco entró al pequeño local ubicado en la planta baja de un edificio de la Zona Rosa. El dueño era Don Saturnino. Como siempre, Paco lo saludó con mucha familiaridad y cortesía, al momento de pedirle que le mostrara los nuevos modelos de corbatas. A él siempre le gustaba lucir las más bonitas, y jactarse de ser un hombre de buen gusto. Siempre ponía especial cuidado en que la corbata le combinara con el resto del atuendo.

Su madre siempre le decía que la mujer que se fijara en él, definitivamente tendría que ser fina, de buen gusto, ya que se llevaría un tipazo al altar.

A don Saturnino, italiano de corta paciencia, poco le importaba lo que decía la madre de Paco. Él estaba por vender. Si Paco conseguía novia o no, ese era su problema. A él, en lo personal, las corbatas lo incomodaban. Le gustaba andar cómodo sin nada que limitara sus movimientos bruscos.

A este gran vendedor se le hizo fácil sacar una caja escondida debajo del mostrador, y empezó a mostrarle las corbatas, una a una. Paco no pudo disimular su satisfacción al ver la que realmente le había gustado. Pagó por ella, se quitó la vieja y la puso media doblada en la bolsa con el nombre impreso del local "Corbatas don Saturnino". De inmediato, se colocó la nueva en el cuello, y con la fuerza de un loco, sin darse cuenta, tiró tan fuerte del nudo que quedó atrapado en ella.

Al sepelio llegaron varias de sus admiradoras. Todas quedaron boquiabiertas al ver la corbata de tan mal gusto que los hombres de la funeraria le habían puesto. Fue regalo de don Saturnino como muestra de condolencia por haber perdido a tan buen cliente.

El portón

La abuela lo esperaba fielmente todas las tardes en el portón de la finca. Tenía la esperanza de que llegara el día en que el abuelo le dijera que ya no volvería a irse a la frontera con los demás vaqueros para vender el ganado.

Corría el rumor de que camino al sur, el abuelo tenía otra familia. La abuela no daba crédito a habladurías. Ella era una mujer arrogante y se sentía superior a las demás mujeres de los alrededores.

Un día, el abuelo se fue y nunca más volvió. La abuela desde entonces jamás lo mencionó. Reunió a sus hijos y les informó que el padre había muerto, pero dentro de ella conservaba la esperanza de que volviera.

Todos creyeron el cuento, hasta que un día decidí unirme al grupo de vaqueros para seguir los pasos de mi abuelo.

En el primer pueblo, luego de pasar la frontera, vi a una moza sentada en una mecedora y entablé conversación con ella. A lado, pude notar a su abuelo longevo, casi ciego, que ansiaba noticias del norte.

—Hola, abuelo, ¿cómo está? — le pregunté.

—Aquí, sin fuerzas para montar a caballo y recorrer la pradera. Antes tenía la energía para hacer esos largos viajes. Tenía una visión 20/20 y el brío de los años mozos. Tenía una bonita familia en el norte y un buen día, me quedé atrapado entre otras faldas.

—No se preocupe, abuelo, de regreso le diré a la abuela Esperanza que cierre el portón.

ANAYANSI EHLERS. Panameña nacida en México, D.F. el 2 de junio de 1950. Reside en los Estados Unidos. Egresada de la Universidad de Panamá, tiene Maestría en Lenguas Romances y Literatura por la Universidad de Kansas City, Missouri. Estudios en Pedagogía y Literatura/Gramática del inglés. Autora de **Aún tengo algo que decir**, (novela; 1998); y de los cuentos "El Conquistador" y "San Antonio", publicados en la Antología titulada **Con sólo tu nombre y un poco de silencio** (2012).